

EL ENIGMA
MIGUEL ÁNGEL

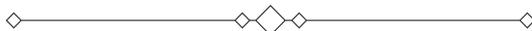
THOR JURODOVICH
KOSTICH

SÍMBOLOS
Y CÓDIGOS
OCULTOS

Luciérnaga

THOR JURODOVICH KOSTICH

EL ENIGMA
MIGUEL ÁNGEL



SÍMBOLOS Y CÓDIGOS OCULTOS



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Thor Jurodovich Kostich, 2021

© de las fotos e ilustraciones de interior: Shutterstock / archivos del autor / Wikipedia / Wikipedia-August-Schmidt 3

© de las imágenes de cubierta: StudioLondon / shutterstock y Serafima Antipova / Shutterstock

Primera edición: marzo de 2022

© Edicions 62, S.A, 2022

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-18015-96-0

Depósito legal: B. 19.382-2021

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

SUMARIO

<i>Prólogo.</i>	
Pórtico para un libro de espíritu, por Mauricio Wiesenthal . .	9
<i>Prefacio</i>	17
PRIMERA PARTE	
Amor y muerte	23
SEGUNDA PARTE	
<i>Baco</i>	35
<i>La Piedad</i>	49
<i>Eros</i>	73
<i>Nicodemo</i>	81
Sangre y carne	89
El gigante	97
La tumba	119
«¡Habla!»	137
El tormento y el éxtasis	163
La creación	187
El juicio final	203

AMOR Y MUERTE

El mejor profeta del futuro es el pasado.

LORD BYRON

El mayor peligro para la mayoría de nosotros no es que nuestra meta sea demasiado alta y no la alcancemos, sino que sea demasiado baja y la consigamos.

MIGUEL ÁNGEL

La guadaña ya está afilada, pende sobre mi cabeza esperando para llevarme al Hades. Las sombras del pasado me susurran que guarde silencio. Las llamas se llevan mis secretos, ya no me queda nada por decir, nadie debe saber dónde aprendí, quiénes fueron mis maestros y qué atávicos manuscritos guiaron mis manos.

Mis queridos amigos me acompañan cada noche, temerosos de que sea la última velada que compartamos. Respetan mi soledad, siempre lo hicieron, y al caer la noche, justo cuando el último rayo de sol toca el horizonte, me recluyo en mis aposentos y quemo mis notas, bocetos, apuntes, cartas y poemas que nadie debe ver.

Noto cómo el frío cala en mis huesos, avivo el fuego y me cubro con mi capa. Caliento mis encallecidas manos; en ellas está escrita mi vida: callos y cicatrices han marcado mi paso por este mundo. Una vida repleta de anhelos frustrados, de estatuas que no tallé, de poemas que no escribí. Pero sentado ante el fuego afloran recuerdos felices de juventud, cuando el ímpetu y la fuerza de los golpes de mi martillo eran como los de Vulcano en

la fragua, las centellas de Hefesto eran las esquirlas de mi amado mármol.

Daría lo poco que me queda de vista por volver al instante en que di el primer golpe con el martillo y el cincel a mi amado *David*. Sentir la emoción de tener entre mis manos a un ángel atrapado al que debía liberar de su prisión. Dentro de mil años su mano aún sostendrá la piedra del destino, solo los iniciados lo sabrán. Es el cancerbero de los secretos que me fueron desvelados gracias a Lorenzo el Magnífico. Cuánto le debo a aquel hombre, su título siempre fue lo de menos para mí, su amistad fue un regalo de los dioses. Entre los naranjos de su jardín aprendí todo lo que un hombre debe saber.

En aquel jardín rebosante de sabiduría fue donde me crucé por primera vez con Lorenzo, elegante, altivo y carismático, pensé que no era muy agraciado, su nariz era chata y su frente excesiva. Pero qué iba a saber yo por aquel entonces que la belleza tampoco me otorgaría su don.

El recuerdo del jardín me hace levantarme de la silla, me alejo por un momento del fuego y me acerco a mis herramientas. Busco más con el tacto que con la vista, entre granadinas, raspines y cincel. Busco un martillo, el martillo más antiguo que guardo, su empuñadura tomó la forma de mi mano hace una eternidad, la grasa y el sudor de mi palma la ennegrecieron, su cabeza ha picado mucha piedra desde que conocí a Lorenzo en aquel vergel donde las más bellas esculturas lo habían convertido en los Campos Elíseos, el edén donde arribaban los iniciados, los justos y los dioses.

En aquel oasis, a mis imberbes catorce años, con un cuerpo más parecido al de un junco que a un árbol, tallé la cabeza de un viejo fauno. La reproduje a la perfección, según me dijeron, pero Lorenzo me llamó la atención de que había cometido un error. Aquello me dolió como si mil astillas se clavaran bajo mis uñas. Y, aunque se había maravillado con mi trabajo, recuerdo sus palabras como si fueran el padrenuestro: «Tú has hecho este fauno tan viejo, ¿y lo representas con todos los dientes?, ¿no sabes que, a los viejos, de esa edad les faltan algunos?».

Mil años me pareció el tiempo que tardó en irse, solo tenía ganas de corregir mi error. A la que desapareció de mi vista, con

el martillo que ahora sostengo y un cincel lo mellé. Aquello nos unió para siempre. Qué razón tenía: ahora soy yo el fauno mellado.

Ha empezado a llover, las contraventanas suenan como un laúd desafinado, el olor a tierra mojada se mete en mi nariz, hace frío, debo atizar el fuego.

Las llamas iluminan mis manos, las venas se marcan bajo mi apergaminada piel, no son las manos jóvenes y palpitantes que pulieron las venas que recorrían el cuerpo de mis esculturas, las que peinaron a *David* con rizos celestiales y mesaron las barbas de *Moisés* para convertirlas en los rayos de Zeus, aquellos que eran capaces de infundir miedo a través de una mirada tallada en piedra. Pero son las manos que aún tallan sin ni siquiera ver. Las que tienen la sabiduría del tiempo, las que cincelan casi a ciegas porque Cronos me ha robado la vista. De pocos placeres disfruto en esta triste penumbra llamada vejez, pero el tiempo no me ha robado el deleite que siento al acariciar el *Laocoonte*, ayer lo volví a hacer, emisario divino, mi *Hermes*.

La luz de las candelas se agita como si quisieran hablarme, se mueve quejumbrosa, temerosa, me recuerda a los balbuceos de los sacerdotes y de los cardenales a los que me enfrenté. Son demasiados para recordar sus nombres, pero todos eran igual de necios. Aún hoy, a las puertas de la muerte, noto cómo la sangre sube a mi cabeza, deseoso de martillarles las suyas, sufro por lo que me hicieron sufrir. Dolor y gloria fue el resultado.

Mucho tuvieron que ver aquellos pesares en usar el lamento del *Laocoonte* en mi *Moisés*, sentado en aquella oscura iglesia, sus tablas, su cuerpo, su terrible mirada, guardan mis secretos, esperando hablar.

Es febrero, quedan pocas semanas para traspasar un año más, no llegaré a los noventa, pero casi lo logro, debe de ser un don o una maldición de familia vivir demasiado para ver morir a todos los que has amado y odiado.

Noto que mis fuerzas son pocas, poco me queda en este mundo, pronto sabré en qué lado de la balanza estaba mi padre cuando murió con mi edad. Me atenaza el miedo cuando estos pensamientos aparecen como ratas negras emponzoñando mi fe.

Hizo vida de santo, pero uno de los siete pecados cometió, pues nombre tan pomposo como el de Ludovico di Leonardo Buonarroti Simoni solo puede deberse a la soberbia. Pocas ganas de reír me quedan, pero recordar su nombre consigue que mi ajado rostro recobre un atisbo de felicidad.

Hay personas que dieron forma a recuerdos que dan calor a un viejo corazón, que te hacen regocijarte por haberlas conocido, aunque solo hubiera sido un instante, como le pasó a Dante con su amada Beatriz, dan sentido a tu peregrinaje. Más afortunado que el gran poeta fui, conocí y compartí tiempo y placeres con Vittoria y Tommaso, quienes fueron razón de mi vivir.

Tommaso sigue a mi lado, Vittoria ya no está, espero reunirme con ella, que seguro se halla con mi amada madre, a la que perdí cuando aún no lograba encaramarme al pozo ni a la alacena; si es así, habré alcanzado el cielo. Aunque si ese no es mi destino y me pierdo en la oscuridad del camino, que sean mi Beatriz y mi Virgilio, que sean ellos los que me lleven desde el infierno al paraíso.

Pinté el infierno más dantesco y el cielo más hermoso, pero no sé quién soy, todo lo que he creado tal vez no sirva para nada, la duda me consume, he pintado a Dios, esculpido la verdad a través de la belleza y no sé quién soy. Un mártir que esculpe o un mártir esculpido por el Creador.

Escucho el jolgorio de las calles, la lluvia ha cesado y ahora las risas de los borrachos acompañan mis pensamientos. Maldito vino barato. Putas de un florín, sin dientes, enjutas o gordas, ladrones y asesinos se guarecen en la noche, enfermos y tullidos que entre orines conviven. ¿Dónde está el infierno? Tal vez llevo viviendo en él toda la vida y Roma es su capital.

Puede que sea solo la visión de un viejo, de un ermitaño adusto, esquivo y feo. Toda la vida creando belleza y siempre fui feo. ¡Maldito seas, Pietro Torrigiano, que me diste el aspecto de un buey al partirme la nariz! Toda la vida tu firma ha estado en mi cara.

Vasari, gran amigo, qué bien lo definiste, era un envidioso. Cierto que era apuesto, pero no tenía semblante de artista, tenía la planta de un mercenario que solo busca pelea, de un matón de

taberna, de ceño fruncido y pose chulesca. Ahora solo le recuerdan porque yo soy Miguel Ángel.

Es curioso cómo el paso del tiempo atenúa los malos recuerdos y ensalza los buenos, aunque de los malos muchos hay y de los buenos muchos menos.

Veo entre el polvo de la balda una vieja carpeta con las tapas de cuero cerradas con una cinta de seda roja, la tengo en alta estima y no la lanzaré a las llamas. Fue un regalo del sabio Poliziano. Lo siento, maestro, nunca dominé las lenguas de los clásicos, ni el griego ni el latín, juro que lo intenté, pero solo fui un torpe alumno. Pero su triunfo fue mayor, por su gracia descubrí al gran Homero, a Aquiles y a Héctor, a Alejandro Magno y los escritos de nuestro amado Platón. Tengo la carpeta entre las manos, huele a cera y a tinta, a polvo lleno de recuerdos, sus tapas guardaron las notas de mi *Virgen de la escalera*, de ángeles sin alas, de centauros presos del frenesí, de la lujuria y de la pureza, bocetos de la centauromaquia y de la Madre del Mesías. ¡Qué hábil fue maese al incitarme a elegir entre el mito de Deyanira o el secuestro de Hipodamía, fábulas que me indicaron el camino de la verdad, animales y hombres en un solo cuerpo, no hay nada más real! Amor y odio, delirio y cordura, vida y muerte.

No pude tener mejores maestros, me sentía como Alejandro instruido en el Liceo de Aristóteles.

En esta noche tan fría, la soledad no es placer y se convierte en melancolía al recordar a los amigos que ya no están. Nada me haría más feliz que volver a la mesa de Lorenzo y deleitarme con las conversaciones de Pico della Mirandola, de Marsilio Ficino y Angelo Poliziano, que me llenaban de gozo. Me descubrieron el camino de los sabios. Florencia era la nueva Arcadia, a la sombra de los árboles, rodeados de belleza. Filósofos e ilustrados transformaron el tiempo en poesía, Calíope y Clío, Talía y Urania, siempre aparecían, todos pudimos ser Virgilio. Eran tiempos de dicha, eran otros tiempos.

Avivo el fuego con mis secretos, se resisten a ser silenciados, gritan desde las brasas como Antifante y Timbreo, pero es solo una ilusión, el reflejo de mi alma torturada; el humo se enrosca

y contornea como una serpiente, como Porce y Caribea. Soy Laocoonte, nada puedo hacer, arde Troya.

Nunca tuve maestro, nadie me enseñó, ni Ghirlandaio, ni Bertoldo. Muchos no me creen, siempre dijeron que mi soberbia es quien siempre habló por mí. Mi escuela fueron las columnas del foro abrazadas por la hiedra, los arcos imperiales que el César atravesó, los capiteles al amanecer, las cornisas al atardecer. Y el Panteón lo fue todo para mí, el templo más hermoso, digno de todos los dioses, cuántas veces lloré emocionado cuando el sol entraba por aquel hermoso ojo divino. Hoy lo volví a hacer. Mi cúpula en San Pedro honra a mi venerado Panteón. No quise superarlo, porque no hay edificio más hermoso. Quien ose hacer una cúpula más grande debe ser castigado, nadie debe hacerlo, su memoria no debe ser profanada.

Profanar, cuantas veces usaron este verbo los majaderos y zafios, imbuidos en oropes y sedas, que insultaban a los sabios cuando me prohibían investigar el cuerpo de aquellos desgraciados fallecidos a los que nadie reclamaba. Pero lo hice, me salté sus reglas y mostré la gloria de Dios en el *David*. Esculpí todos sus secretos, si el mármol fuera piel y lo despellejaran, sabrían que todo está allí, nada falta en su espalda, en su pecho, en los tensos músculos de su cuello. Debo lanzar todo lo que aprendí al fuego, pero me recreo ante mis dibujos, recurro a mi memoria cuando la neblina de mis ojos me aflige. Mis dedos recorren los alazanes y negros trazos impresos en aquellas amarillentas hojas, manchadas aún con la sangre de aquellos cuerpos que abrí en la enfermería del Santo Spirito. Como el de aquel infeliz de rostro límpido, pues la muerte le atrapó siendo joven al caer de un andamio partiéndose el cráneo en dos. Tenía el pecho de un titán, brazos fuertes y antebrazos poderosos, en ellos descubrí aquel pequeño músculo que esculpí en el brazo de mi *Moisés*, un desafío, un secreto que solo los iniciados pueden ver.

Mis Apolos son guardianes de mi alma atormentada. Cuántas veces visité los lupanares donde los hombres y las mujeres venden su alma por un mendrugo de pan enmohecido y una jarra de vino rancio. Los visité no en busca de placer carnal, solo quería ver sus cuerpos para calcarlos en mi memoria, para llevarlos a la gloria.

Sibilas y profetas, santos y pecadores, el mismo Cristo son el espejo de todos los hombres que he visto. Vivirán por siempre en la capilla de Julio. Arden en el libro de mis secretos, pero perderán en aquella bóveda.

Crepita el fuego y escucho al viejo que, cada noche, recita con voz raída por el vino los poemas de Dante. Debí de ser comediante, pero la mala vida lo consumió. Hoy, su escenario está bajo un porche embarrado, esperando la moneda con la que comprar la próxima jarra. Cada vez que lo oigo, recuerdo a maese Aldrovandi, que me liberó, en mi juventud, de caer en las mazmorras de Bolonia por no llevar aquel estúpido sello de cera en el dedo corazón. Aquel patricio me dio cobijo. Cada noche me pedía que mi acento toscano lo deleitara leyendo a Dante, Petrarca y Boccaccio hasta que el sueño lo venciera.

Mis poemas nunca fueron dignos de alcanzar la gloria; me esforcé, mis rimas y sonetos meros caprichos fueron, aunque los recitaron, más por quien soy que por lo que son, son un destello, solo un atisbo de lo que deseé lograr en el arte de Dante. Algunos arderán hoy, son demasiado importantes para perdurar, tienen que desaparecer, su saber solo llevaría a la perdición de aquellos a quienes se los dediqué.

Los astrólogos y los adivinos sabían que no sería nunca poeta. Nací con buenos augurios, o eso dijeron los astrólogos, aquel día de marzo cuando mi madre rompió aguas cuatro horas antes de que despuntara el sol. Dijeron que Mercurio estaba en conjunción con Venus en la de casa de Júpiter, y que eso era un gran vaticinio, presagiaba el nacimiento de un ser noble y de elevado ingenio, llamado a triunfar en cualquier empresa, pero principalmente en las artes de la pintura, la escultura y la arquitectura. No anduvieron equivocados, pues no pronunciaron la palabra *poesía*.

Los astros marcaban mi destino y mi padre confió mi cuidado a una nodriza, hija y esposa de canteros y talladores, mamé leche y polvo de mármol. Pero, padre, tú querías otro destino para mí. Por ello, cuántos golpes, gritos y azotes me diste porque solo quería pintar y esculpir; me decías que los artistas son trabajadores no mejores que los zapateros. Pero cómo no iba a ser escul-

tor, lo extraño hubiera sido dedicarme a servir sentado con una pluma en la mano y no con un cincel.

El polvo de mi mármol está por todas partes, cuántos más son los residuos, más crece la estatua. Mi casa es una extensión de las laderas de Carrara. Eran mi hogar, era feliz durmiendo bajo las estrellas, en lo alto de sus cumbres, oyendo la voz de mis estatuas manando entre sus grietas. De sus entrañas nacieron mis esclavos, el crepúsculo y la aurora, David, Cristo, Moisés y María, ángeles y dioses, vírgenes y diosas. Siguen susurrando lo que no se debe saber.

El Tíber ha vuelto a inundar Roma. Las ratas se ahogan, algunas tienen piernas por patas. Siempre que ocurre recuerdo cómo se inundaba mi taller mientras pintaba aquella maldita capilla. Deben resonar aún mis lamentos, mis gritos en aquel techo que dejó mi cuerpo maltrecho. Cada una de mis figuras guarda un porqué, cada gesto es una orden que cruza el espacio, cada instante es una explosión de fuerza que culmina en un celestial destello, breve pero infinito, que separa el dedo de Dios del dedo del primer hombre. Los secretos que guarda ahora los consume el fuego.

La muerte libera al que parte, pero atrapa al que se queda, lo sume en la tristeza y en el dolor de la pérdida, en el recuerdo y las oportunidades perdidas. Vivir es avanzar hacia ella, te espera, es paciente, lo que hagas en la vida tiene que perdurar, la huella de tu pie debe llevarte al cielo.

Mi templo a la muerte se lo dediqué a los príncipes de Florencia.

Me estimula pensar en aquella pequeña sacristía, porque en sus paredes tallé poesía en mármol. A la sazón fui arquitecto y escultor, las afligidas estatuas que esculpí reflejan el inexorable paso del tiempo que hoy siento más real que nunca.

Esculpí las estatuas del crepúsculo y del alba, de la noche y del día. La noche en toda su tenebrosidad, con el búho y la máscara, símbolos de los sueños y los terrores de la oscuridad; el día como la vaporosa línea del amanecer.

Siempre me gustó la soledad, el trato con las personas me alejaba de mis pasiones, me molestaba perder el tiempo en taber-

nas y palacios, odié ser cortesano. Me tildan, incluso hoy en mi vejez, de soberbio, extraño y caprichoso, pero nunca fui lo uno ni lo otro, pero cómo podían entenderlo los que buscan el placer en conversaciones vacuas y lisonjas interesadas. Amigos de vino y risas que no ven más que las sedas que visten unos y otros. Mi tiempo lo dediqué a aprender, busqué la virtud, y ello me hizo solitario, aunque nunca estuve solo, me parezco a Escipión, que nunca estaba menos solo que cuando estaba solo. La compañía humana me incomodaba, siempre me gustó más la de mis caballos, pero he tenido amigos a los que he amado y me han amado, doctos y virtuosos. Muchos sabedores de la cercana hora de mi muerte me acompañan en mis pesares. Volterra, Diomede, Calcagni y el hermoso Tommaso.

La belleza evanescente de Tommaso siempre me turbó, fue la luz de nuestro siglo. Su rostro sigue siendo bello, aunque esté surcado por el tiempo; la línea de su cabello se le ha retirado hacia atrás y su cuerpo ya no es el de un David, él era muy joven o yo demasiado mayor.

Qué gran amor fue Vittoria. Su alma era pura, sigo enamorado de su divino espíritu. Desgraciada Inquisición, sombras del averno que se cuelan entre las rendijas en busca de pecados que no existen, para tapar los suyos, malditos monjes. Por su culpa tuve que quemar sus cartas. Lloro al recordarlo. Las pocas que me quedan están gastadas de tanto acariciarlas, las yemas de mis dedos han borrado la tinta, compartimos sentido y sensibilidad. A punto estuvimos de cambiar la historia.

Está a punto de despuntar la mañana, una noche que ha sido una vida, el fuego arde aún con pasión. Platón, Nicodemo, Moisés, Dante, Virgilio y Homero me hablan desde las llamas, musitan con sigilo que guarde sus mensajes. No podemos descorrer el velo de la verdad.

Tiene que arder el último secreto, el que guardo en el baúl que me regaló Vittoria, aquel que perfumó con lavanda y espliego, porque le dije que esos aromas me recordaban a mi madre, a la bella Francesca. Mi amada Vittoria, qué maravilloso presente me ofreciste.

Guarda el secreto que me abrió las puertas de la gloria, el reflejo de mi vida, la de un peregrino en busca de respuestas. Escul-

pí a una mujer enamorada que sufría por amor, pero también a una madre que sufría por amor. Fuente de vida y consuelo de la muerte, sostiene el peso del mundo sobre sus piernas, a un hombre delicado, grácil, bello y etéreo, torturado, pero en paz. La modelé con delicadeza, pulí el mármol como una piedra de luz para reflejar el amor puro, el de una madre, el de una esposa.

La verdad yace entre las cenizas.

